

'Lucía y el sexo'

MEMORIA DE LA PELÍCULA

LA FUGA DE LUCÍA

Todo comenzó, exactamente, cuando terminé el último plano de **Los amantes del Círculo Polar**: un acercamiento digital al reflejo de Otto en el ojo de Ana, mientras su pupila se dilataba de muerte y un viento blanco, helado, me barrió a mí también. Aquello fue como una cortinilla en mi vida, con lo que dejaba atrás mis últimos tres años y comenzaba algo en blanco, pero muy confundido y con el mal presagio de suponer que mi película recién terminada, era demasiado triste y devastadora como para complacer a nadie. Así que al día siguiente me fui de viaje con una pequeña cámara de vídeo digital, de estas que caben en la palma de la mano, y con una única idea en la cabeza, llamada Lucía.

De mi siguiente historia sólo sabía que comenzaría con la carrera de una joven que necesitaba escaparse de una tragedia. Aún tenía tan cerca el personaje de Ana, que pensé en ella corriendo en dirección contraria a mi última película. Sí, la carrera inicial de Lucía partía de la carrera final de Ana, sólo que con el signo vital cambiado, es decir, de la muerte a la vida. Así, la estructura de la nueva historia debía ser simétricamente opuesta a la anterior, por lo que a Lucía le esperaba un final cálido y esperanzador. Alguien que se empeña de esa manera en dar otra oportunidad al destino, se merece un buen regalo. Y yo se lo quería dar, buscando, eso sí, un buen argumento para justificarlo.

Lo primero que grabé con la cámara fue mi propia sombra reflejada sobre la estela del barco que me llevaba a una pequeña isla del Mediterráneo. Tuve la sensación de estar dejándome atrás, poniendo ese mar de por medio entre lo que había sido y hecho hasta entonces, donde había dejado mis cosas, y algo nuevo que no conocía. La imagen de la espuma del mar batiendo mi sombra me podía servir para lavar también a Lucía, que necesitaba ser nueva. Borrarse la persona. Éramos dos sombras en una. ¿Qué tiene de malo?...

Uno de los aspectos que más estimulaban mi proyecto de limpieza era tirar hacia lo fácil y lo ligero. Pensé en rodar mi próxima película con esa pequeña cámara que cabía en mi mano, ayudado por un reducido grupo de amigos y producida en cooperativa. Así que tras desembarcar en la isla todo me lo tomé y vi con suma sencillez. Me alquilé una motillo para turistas y enseguida me encontré filmando un sol anaranjado encajándose sobre un islote rocoso, en el mar de Poniente, y una luna llena sobre un cielo aún azul, por encima del mar de Levante. Estas imágenes me ayudaban porque eran bonitas e inofensivas, no significaban nada, nada viejo, quiero decir. Podía parecer que mi llegada a la isla tenía como primer objetivo el contemplar cómo terminaba un día nuevo, que yo todavía no había vivido. ¡Pues mira qué bien! Y sonreí a todo aquel tiempo desconocido que me quedaba.

Estos eran mis pensamientos aquellos primeros días que me dediqué a recorrer caminos; ya sabré..., ya veré..., pero sin llenarme. Todo como hueco, sin miedo al absurdo y... con mucho sol. Me estaba inundando de luz, tontamente, cuando decidí que lo más importante es que esa historia fuera terapéutica. Necesitaba protegerme de mí, así que mandé a Lucía por delante. Una mañana, conduciendo la moto, en la perspectiva de una estrecha y recta carretera, vi emerger un faro. Tengo que reconocer que el hecho de que esta imagen me recordara a una erección no me interesó nada. No quería sexo para Lucía. Aparqué la moto junto al faro y, caminando hacia el borde del acantilado, me detuve asombrado ante un gran agujero, de unos dos metros de diámetro, socavado en la roca del suelo.

Voy a pararme aquí porque esto tiene buena pinta, pensé, y enseguida volví a apartar la graciosa relación sexual entre este agujero y el faro. Aprovecho esta parada para decir que con toda esta

narración de viajero, pretendo expresar que aquellas primeras imágenes que vi en la isla, contienen los significados más claros, naturales y profundos de **Lucía y el sexo**, ahora que la he terminado. En esta película la materia fundamental ha surgido del proceso de su descubrimiento; pongo aquí como prueba el hecho de que en aquel momento, yo no tenía ni remota idea de hasta dónde podía llegar.

Vuelvo a las posibilidades del agujero, vistas desde ahora mismo (tres años más tarde). Estaba contando la historia de una huida que, en el extremo de la isla, donde parece que ya no se puede avanzar, se topa con un agujero por el que se puede caer (la historia misma). Aquí aparece la tentación de escaparse en retroceso, y esto sé que es una idea de escritor, concretamente del personaje de Lorenzo, en el pasado de Lucía, su lectora favorita. Es decir, hay huidas que no van del todo hacia delante, porque antes de llegar muy lejos, pueden volver atrás para enfrentarse y resolver algo pendiente, justo en el punto de origen de la fuga, “para cambiarte el rumbo, si me dejas, si me das tiempo” (como escribirá él). Sí, hay muchas fugas paradójicas, pero yo entonces, viendo por primera vez ese agujero, no lo pensé, ya que el personaje de Lorenzo apareció seis meses más tarde.

En aquel primer descubrimiento, lo que surgió de mi inclinación al absurdo fue imaginarme toda la isla agujereada por dentro, tanto que no existía ni un solo trozo de roca que la uniera al fondo del mar. Carlos, el submarinista, contará a Lucía que aquello no es realmente una isla, “sino un trozo de tierra que flota, como una balsa. Los días de mar gruesa, la gente de aquí se marea, y nadie sabe por qué”. Él ha buceado por debajo de toda la isla y ha visto su cara sumergida. “Es rugosa y horrible”. Hasta ahí quería yo llegar cuando escribí **Lucía, un rayo de sol**, sin saber nada del pasado de unos personajes (Lucía, Carlos y Elena) que se encuentran allí casualmente, y que sólo les une el hecho de tener en común una tragedia de la que se quieren escapar, ya ocurrida muy lejos de allí. En aquella primera versión de Lucía fabriqué un extraño viaje a la nada, acompañando a Lucía, sin bucear, y pronto le encontré una casa donde hospedarla, regentada por Elena, una especie de madre isla, acogedora y perdida un poco en el olvido, su aire propio.

Después del estreno de **Los amantes del Círculo Polar**, que hizo más espectadores que mis tres películas anteriores juntas, ya sin miedos existenciales de los que huir, volví a la isla para terminar de escribir aquella fábula tan sobre-expuesta por el sol. Ahora, con la distancia, veo claro algo: ¡Menos mal que nunca la rodé!

LA VUELTA A EL SEXO

En Madrid, ya en pleno invierno y con pocas horas de sol, me sumergí en escribir el pasado de los personajes de la isla, sobre todo el de Lucía. Desde el principio me dejé llevar por una vaga idea, el sexo, como si fuera una corriente profunda que pasaba por allí (aunque supongo que me la había traído del acantilado) y nos arrastraba a todos a la vez, en diferentes posturas. Sentí que había descubierto el motor de la historia, y eso me animó muchísimo.

Trabajé los personajes por separado, ya que no se conocen, y a cada uno le fabriqué su propio entorno, con lo que fueron surgiendo más personajes. Escribía muy rápido, de manera automática y sin preocuparme por el estilo, disfrutando de la sensación de estar explorando en la intimidad de vidas ajenas; ajenas en el sentido de lejanas a la mía. Pronto aquello se convirtió en una especie de novela, más bien una gruesa crónica de personajes, el documento de varias vidas entrecruzadas de las que me fui apoderando con la intención de encontrarles una buena continuación en el guión de la isla. Aquí aparece una de las claves del pasado, que ahora está bien calada en la película Lucía y el sexo, la licencia del escritor para manipular destinos, añadido, sin peligro aparente para nadie, incluido él mismo.

Cuando adapté esta historia urbana a un guión titulado **El sexo, antes del sol**, comenzaron los problemas, en la superficie y en la profundidad. El intento de escaparme de mí mismo cuando viajé a la isla, prolongado al pasado de Lucía, me producía ahora la sensación de ser un inventor de trayectos, un diseñador de recorridos con ojos de pájaro, así que si el tren andaba, yo sabía a dónde iba, pero nadie me había invitado a viajar dentro del vagón. Dejé de sentirme suelto, automático y explorador. Había caído en la cuenta de que estaba solo. Un dato: Lorenzo era músico, no escritor.

Perdido, con dos guiones que no sabían vivir, aunque sí andar, el segundo hacia el primero, el sexo hacia su antagonista Lucía, volví a la isla para fundirlos. El resultado fue un emplasto. Un año entero de trabajo (salteado con liberadores viajes al extranjero para promocionar **Los amantes del Círculo Polar**) y lo que tenía entre mis manos era lo más mecánico e indigesto que había hecho nunca.

La solución llegó en el momento más desesperado, cuando decidí, con rabia, proyectar toda mi confusión creativa en un solo personaje del pasado: Lorenzo. Fue así, convirtiéndolo en escritor y rebajando sustancialmente el espesor, también el número, del resto de los personajes, como me hice pasajero y comencé a mirar la historia a través de las ventanillas de su vagón. Lorenzo es ya, gozosamente, la mano que remueve el destino de todos los personajes, y su relación con Lucía da un sentido largo y aglutinador a la historia. Su derecho a existir.

A partir de aquí la película se podía haber llamado 'Lucía y Lorenzo', o la lectora y el escritor, la sugestionada y el sugestionador, o la realidad y la ficción... En la relación entre quien fabrica la ficción y quien la recibe, existe, con el acuerdo de ambos, una estrechísima relación de intimidad. Y ellos se sienten absolutamente libres y protegidos; él para inventar, involucrándose (o camuflándose) a sí mismo tanto como le venga en gana, y ella para dejarse llevar, reconociéndose o imaginándose en otros personajes, para preguntarse qué haría en su lugar. Personalmente vacié toda mi responsabilidad de escritor en Lorenzo, y la de lector en Lucía. Y así, sin daño ni conciencia, comencé a disfrutar.

Al descubrir de qué manera se necesitaban mis dos únicos protagonistas de esta historia, su relación sexual se convirtió, como inevitable continuación, en una fiesta privada, un despegue hacia la felicidad. Es así como cobró todo su sentido la idea misma de el sexo, desde su lado más encantado, tirando a naif. Y yo sentí que quería verlo todo de cerca, sin elipsis (en otros casos tan necesarias e inventoras), para mostrar cómo se podían enamorar mis personajes a través de su agitada relación sexual. "Me voy a morir de tanto amor" (le dice ella mientras llega al orgasmo).

Desde lo más alto de lo claro, la cima de la vida, la idea de la muerte con su tentación a lo oscuro puede acercarse sin demasiado miedo a ser descubierta. Estamos a un paso de entrar en los sótanos de lo turbio. El sexo profundo, el que aún está esperando a los actos, está instalado en la imaginación, es dueño y pide mucho. Siempre parece hambriento. A pesar de que 'Lucía y Lorenzo', en su vida real, podían sentirse satisfechos el uno del otro, pensé que ante ciertas ofertas ficticias (fuera de casa) su sexo no pararía de fantasear (por separado) y de provocarles preguntas que sólo podrían responderse a solas. De esta posibilidad de identificación con otros personajes y situaciones, siempre en secreto, surge el siguiente sentido que cobró el sexo: el de las fantasías inconfesables, descontroladas, irracionales, el libre instinto, y los supuestos. ¿Qué harías si... te gustaría que... si nadie más se enterara? Este es realmente el material que maneja el escritor, pero... ¿hasta dónde se le permite vampirizar vidas ajenas?... y, ¿cuánto poder está dispuesto a otorgar a su ficción para provocar a la realidad, yendo detrás de ella para intentar que se comporte según lo que ha escrito?... Hablo de afectar con su proceso de escritura en la vida de otras personas. Delicada esta necesidad ciega de encontrar una buena historia, más aún si él mismo se expone entrando en el juego. De aquí la nociva influencia que en los personajes de esta historia produce una novela de sexo escrita por Lorenzo.

De este viaje por debajo de la cara sumergida de la isla surge, a mi entender, la corriente más irresistible del pasado (y por su vibración) del resto de la película: la sugestión. Lucía, la más

inocente, tiene a su vez la visión más sugestionada. Ella no ha hecho, pero se ha puesto en el pellejo de la culpa, al identificarse con un personaje que tiene que elegir entre el amor de una madre, o la pasión por un hombre (amante de esta). Lucía, en el pensamiento se sentirá cómplice de la traición, y así se conocerá más, comprenderá mejor a los otros y podrá perdonar. La sugestión más interesante surge en la isla, cuando ella se siente continuadora de un personaje ya escrito, dejándose seducir por otro que parece borrado, un cambio de sangre del propio autor, el desaparecido Lorenzo. Ella con su destino incierto, ante el agujero, será más lectora que nunca de él. Sí, su necesidad de que Lorenzo siga viviendo dentro de sus entrañas, dejándose sugestionar bajo su sol, le otorgan el derecho a merecerlo todo. El regalo. **Lucía y el sexo** es una historia de amor.

La última visita al agujero. Hay otro en mitad de la historia, la tragedia, única y común para todos los personajes, aunque a Lucía le pilla saltando. Ocurre cuando una niña se tira dentro mientras sueña con su padre, sugestionada también por él. Por ahí sólo se llega al fondo del mar. En esta historia, los extremos entre lo turbio y lo claro están tan separados como (“el secreto que hay entre”...) la luna y el sol.

Después de seis versiones más de guión, afinando la relación entre la imposibilidad de una verdadera huida, o mejor dicho, entre esa fuga que se cuela hacia atrás, y los conflictos de la creación, empecé a convencerme de que andaba por buen camino. Por fin. Primero había tenido que escaparme muy lejos de mí, torpemente, para luego internarme más que nunca, aunque cambiado y muy desconocido.

Un año más tarde ya había rodado la película, no con aquella cámara digital de mano, sino en un revolucionario sistema de alta definición. La posibilidad de trabajar cómodamente en condiciones extremas de luz y poder usar los metros de “película” sin medirme, entonaban con la idea de facilidad y ligereza de mi primer viaje a la isla. Tengo que decir que en cuanto a la mecánica de rodaje, no me sentí precisamente más ligero, pero sí más libre, con menos limitaciones técnicas.

Ahora, recién terminada **Lucía y el sexo**, me siento orgulloso de haberla descubierto después de tanto viaje, pero sobre todo porque ella, ya sola, fácilmente me ha superado. Quiero añadir que para ello he contado con el grupo de actores más generoso, entregado, que nunca pude imaginar, ni en mis mejores sueños. Y lo último, Lucía es, de todos los personajes de mis películas, a la que más quiero.

© Julio Medem, 2001.